

Roger de Juval



GENTE DE MAR
un cuarteto de bravos

“Berton Santurtzin” Bilduma digitala

6

Colección digital “Localización Santurtzi”

Santurtziko Udal Liburutegi Sareak argitaratuta

Publicado por la Red de Bibliotecas de Santurtzi

HITZAURREA

“El noticiero bilbaino” egunkariaren 1931ko ekainaren 7ko alean Roger de Juval pseudonimoaz sinatutako artikulua bat agertu zen. Egilearen benetako izena Rogelio de Juanes zen, “Noticieron” kazetaritza-lanak egiten zituen infanteriako sarjentu ohia. Artikuluari “Gente de mar, un cuarteto de bravos” izenburua jarri zion (Itsaso jendea. Laukote adoretua).

Artikulua luze samarra zen eta “Claudiok” egindako zenbait argazki zituen lagun. Bertan arrantza izandako lau santurtziarrek arrantza eta ontziak gobernatzen ibilitako garaiak ekartzen zituzten gogora. Zehatz-mehatz jakinarazten zuten zertan ziren arraun eta belako ontzi haiek, eta lurrun-itsasontzien hastapenaren berri ere ematen zuten.

Honakoak ziren “adoretu” haiek: Gabirel Ordorika Ondorika “Maceo”, 65 urtekoa, Hipólito Elosu Larrinaga, 58koa (lauretatik artean lanean ari zen bakarra), Eugenio Martínez Ortega “Maketo”, 66koa eta Pablo Sarasua Gorostiza “Pachon”, 69 urtekoa, zeinaren bigarren abizena Gorostiza barik, Gorostiaga zen.

Hasieran orokorrean aritu ziren berbetan, baina gero, arrantza-garaietan bizi izandako gertaera dramatikoak izan zituzten hizpide, baina tartean pasadizo barregarriak eta guzti. Zorionez, denetatik onik eta bizirik atera ziren, Pachonek betiko errenka ibili bazen ere. Gainera, hiru “Victor Rita” ontziaren eskifaia-kide izan ziren, istripu larria izan zuen ontzi harena. Izan ere, haren galdarak Santurtziko portuan eztanda eginda, eskifaia osatzen zuten hiru anaia hil ziren. Ezbeharrak samin handia eragin zuen herrian.

Artikuluaren interes handiko oroitzenak jasotzen dira, eta horregatik “Kokagunea: Santurtzi” bildumaren 6. alean agertu nahi izan dugu. Egitasmoa 2014an jarri zuen abian Santurtziko Liburutegien Sareak. Asmoa gure herriarekin nolabaiteko lotura duten lan literarioak erreskatatzea zen, eurok digitalizatu eta irakurleen esku jartzeko pdf eta e-pub formatuetan. Horiez gain, bilduma horretan kokatutako artikulua “online” irakurtzeko plataformetan ere zabaltzen dira, baldin eta jabari publikokoak badira eta ekoizteko eskubideak lagata baldin badituzte.

Enrique Bernaola Casas

PROLOGO

La “Gente de mar” de Roger de Juval

En el número correspondiente al día 7 de junio de 1931 apareció en el diario “El Noticiero Bilbaino” un artículo firmado por Roger de Juval, pseudónimo de Rogelio de Juanes Valdés, un ex sargento de infantería que trabajaba como periodista para el “Noticiero” y que se tituló “Gente de mar, un cuarteto de bravos”.

En el extenso artículo, ilustrado con varias fotografías tomadas por “Claudio” cuatro antiguos pescadores santurtziarras relatan sus tiempos de pesca y lemanaje en los tiempos del remo y la vela y los primeros años del vapor.

Estos “bravos” son: Gabriel Ordorica y Ondorica “Maceo”, de 65 años, Hipólito Elosu Larrínaga de 58 años, el único en activo de los cuatro, Eugenio Martínez Ortega, “Maqueto”, de 66 años, y Pablo Sarasúa Gorostiza, “Pachón”, de 69 años, cuyo segundo apellido sería en realidad Gorostiaga.

Tras hablar de generalidades narran algún suceso dramático o jocoso de sus años de arrantzales vivido en primera persona y del que salieron con bien, aunque “Pachón” con una cojera de por vida. Se da la circunstancia además de que tres de ellos eran tripulantes del “Victor Rita”, cuya caldera explotó en el puerto santurtziarra pereciendo tres hermanos que formaban parte de la tripulación, un suceso que causó hondo pesar en este pueblo.

El artículo recoge unos recuerdos de indudable interés y por ello lo incluimos en la colección “Localización: Santurtzi” de la que hace su número 6. Este proyecto que la Red de bibliotecas de Santurtzi desarrolla desde el año 2014 pretende rescatar del olvido obras literarias que presentan algún tipo de relación con nuestra localidad al tiempo que se digitalizan y ponen a disposición de los lectores en formatos pdf y e-pub o en plataformas de lectura “on line” aquellas que se encuentran en dominio público o de las que se han cedido los derechos de reproducción.

Enrique Bernaola Casas

GENTE DE MAR

Un cuarteto de bravos

BRISAS, OZONO, OLOR DE ALGAS...

Una de estas últimas tardes, de las pocas que más parecieron de agosto que de mayo, el cronista, siguiendo la corriente general, abandonó su puesto de lucha diaria de la villa de don Diego y se metió en un tren que le llevase en media hora a respirar la suave brisa del Cantábrico.

Nada de planes ; nada de compañía ; nada de objetivo determinado. Sencillamente a estar cerca del mar, a ozonizarse, a aspirar el olor de las algas marinas bajo las caricias de un sol que sin quemar, calienta.

Pero no todo le salió al cronista conforme había pensado ; el tren iba repleto de viajeros entre los que el cronista hubo de encontrar a más de cuatro y más de ocho conocidos ; el sol, si no quemaba, picaba un poco más de lo que pudiera apetecerse y al olor de las algas, allá en el muro del Relleno, se mezclaba lamentablemente el de los residuos de pescado, el de las sardinas puestas a asar en parrillas a la puerta de los merenderos y ¡horror! El del aceite “do” se fríen los churros.

--¿Qué hemos de hacerle?--Comentó a solas el cronista--. Visto está que ni en la tierra ni en el mar puede hallarse a estas alturas del siglo XX un lugar que sirva de refugio a la poesía químicamente pura, valga la expresión.

Y resignado a su modo, el cronista dió en pasear a lo largo del pretil para ver si hallaba modo de “matar la tarde”.

SURGEN LOS CUATRO HEROES

Y en un recodo, pasada ya la cuadrada mole del edificio en que se hacen las subastas del pescado, el cronista se topó de manos a boca con cuatro tipos clásicos del pescador de antaño, con cuatro bravos marinos viejos, en nada parecidos a los que ahora ayudan a “virar” la maquinilla encargada de extraer del agua la pesada red cuajada de plateados peces...

A un “buenas tardes” expresado con el mayor afecto que la cronista le fué dable, contestaron los cuatro con un “¡santas y buenas!” revelador de una cortesía franca y sin doblez, de esas que se llevan incrustadas en el alma.

Y se inició la conversación.

Cómo fué ese principio, nada importa. El hecho cierto es que se habló durante largo rato con el corazón en la mano, y que traducidas a términos burocráticos las frases de mutua presentación, dan con respecto a los cuatro bravos las siguientes filiaciones, no tan breves que no puedan ser reconocidos, ni tan prolifas que merezcan figurar en la Mayoría de un regimiento o en la Oficina del Detall de un buque de la escuadra:

Número uno.--Eugenio Martínez Ortega, alias “Maqueto”, de 66 años, sin hijos, pescador en sus buenos tiempos y santurzano de nacimiento y de corazón.

Número dos.--Gabriel Ordorica y Ordorica, de 65 años, alias “Maceo”, padre nada menos que de ocho hijas--ningún hijo--tan ex pescador y tan santurzano como el anterior.

Número tres.--Hipólito Elosu Larrínaga, de 58 años, el benjamín del grupo, y ¡cosa rara! sin apodo. Es el único que sigue pescando y que ha navegado en buques mercantes. Tiene un hijo, al que no quiso dedicar a la mar, y es también del país de las sardinas buenas.

Y número cuatro.--Pablo Sarasúa Gorostiza, de 69 años, alias “Pachón”, pensionista de la Obra del Homenaje a la Vejez del Marino, lo que significa retirado de la profesión. También tiene un hijo “terrestre” y también nació y se crió en Santurce y pescó en sus aguas y en las de los puertos próximos.



De izquierda a derecha Eugenio Martínez Ortega, Gabriel Ordorica Ordorica, Hipólito Elosu Larrínaga y Pablo Sarasúa Gorostiza.

EL GALOPE DE LOS RECUERDOS

--¿Qué tiempos, eh? ¡Si volvieran!

--Entonces sí que había que tentarse la ropa--y no la de agua, que esa sólo la tenía el patrón--para dedicarse a pescador.

--No es que los pescadores de ahora pasen su vida fácil. Buenos trabajos tienen los pobres, y más cuando “cae” un poco de tiempo. Pero no tienen “comparanza” con los de nuestros tiempos.

--No era nada aquello de salir a la mar a las dos o las tres de la mañana, con una trainera de cuarenta o cuarenta y cinco pies, con catorce remos y patrón, y estar boga p’acá, coba p’allá millas y más millas hasta encontrar la “manjua”.

--Y manejar aquellos “cercos” de veinticinco brazas y luego los “bolinches” y venir de recalada corriendo el temporal muchas veces, y esperar la calma de “las mares” para pasar la barra y encontrarse al llegar con que otros más listos ya habían vendido la sardina y habían hecho bajar el precio...

--¿Y cuando íbamos al “lemanaje”? Aquello si que... Salir a treinta o a cuarenta millas con un práctico a bordo y correr en regata con otras lanchas de prácticos para ver quién era el que conseguía abordar el panzudo vapor o el airoso bergantín que luego había de remolcar a fuerza de remos cuando al socaire de la costa perdía fuerza el viento y las velas quedaban como trapos puestos a secar.

--Y para lo que pagaban... ¿Os “al cordáis”?

--Diez reales por pie de calado daba el barco y cinco más el práctico, “pa” repartir entre todos.

--Con un barco de doce pies,--no había muchos de más--ciento ochenta reales de reparto para quince hombres y la lancha.

--Y diez horas de remo, cuando no eran más.

--Y fríos, y vientos, y mares como montañas, y días de no abordar un barco o perder la regata con otra lancha sin premio de consolación, y oyendo a veces las maldiciones y los insultos del práctico que llevábamos a bordo porque otro había cogido el barco con el que él esperaba ganar sus buenos duros.

--Nosotros sí que éramos “pescadores de bancada” y no los de ahora, que cuando sale el barco se tumban junto al guardacalor y a esperar, millas y millas de mar, hasta llegar donde ha de hacerse la calada. Y a la vuelta, lo mismo. No rompen muchos “estrovos” los pescadores de estos tiempos.

--Habiendo carbón o gasolina... Yo conocí pescadores... ¡de Valladolid!

Y así, durante una hora, o más, fluyeron los recuerdos de las mentes de aquellos cuatro hombres de mar, a quienes el cronista pudiera muy bien aplicar el tópico consabido de “lobos marinos”. Pero no quiere ofenderles. Le falta además la socorrida sotabarba, el “sueste” o sombrero de lona embreado y las manos apoyadas en las “cabillas” de una hipotética rueda de timón. De todos modos, el lector puede ver en la fotografía que ilustra estas líneas, que son cuatro pescadores de cuerpo entero, no porque hayan salido así en la foto, sino porque se les ve que derrochan la sal marina por los cuatro costados.

Si no fuera por la cargazón de hombros de uno de ellos y por la cojera --¿verdad que no se nota?-- de otro, ¿dónde habría tipos más genuinos, como no fuera en las estampas del “Navy Out”. Y en cuanto a esa cojera... Pero no adelantemos los acontecimientos, como dicen los novelistas a quienes gusta adelantarlos.



Caserío en La Portalada

HECHOS CONCRETOS

--Vamos a ver, señores. Un poco de orden. Yo quiero conocer alguna historia auténtica, algún relato de algo más o menos dramático de que ustedes hayan sido héroes.

Y Eugenio Martínez Ortega, “el Maqueto”, orgulloso hasta cierto punto de saber que ha de figurar con el número uno en esta verídica narración, reclamó para sí el uso de la palabra y comenzó “de aqueste modo”:

--Era yo muy muchacho. Tengo 66 años--ya lo dijimos--y entonces apenas tenía catorce. Hace, pues, 52 años, lo menos de esto que voy a contar. Figuraba yo enrolado, como el “chó” de a bordo, en la lancha “Joven Antonio”, patrón Tomás González, ya difunto.

Salimos una mañana de Santurce, a “pilotear”, y boga que te boga, llegamos a la altura de Castro sin ver un barco. Había algo de marejada y la lancha, de cuando en cuando

embarcaba agua por la proa. Y yo, con un modesto tanque, ex bote de conservas, tenía que “conservar” el plan (1) de la embarcación seco, achicando el agua sin parar. Los brazos me dolían, créame.

Voltejeando de un lado a otro, nos pasamos hasta media tarde que logramos abordar un barco, a cuyo borde pasó el piloto que traíamos en la lancha. El barco, que era un bergantín goleta español, de cuyo nombre no me acuerdo, venía en demanda del puerto de Castro, y allí lo llevamos a fuerza de remo.

Y luego, a casa. Navegamos muy bien hasta la entrada de Santurce, y cuando ya no nos faltaba nada para poder tumbarnos a descansar, que bien lo precisábamos, ¡pum! viene un golpe de mar--entonces Santurce no tenía el abrigo del rompeolas--nos coge de través, y pone la lancha quilla al sol. Mejor dicho, quilla a la luna, porque ya era de noche.

La gente se echó al agua toda, y como solo estábamos a veinte brazas del muelle, salieron fácilmente a nado. Solamente yo quedé debajo de la lancha, agarrado a una bancada y sin saber cómo salir sumergido hasta los hombros y con la cabeza en el vacío que quedaba entre la superficie del agua y el fondo de la lancha que se me había puesto por montera.

Así nos llevaron los golpes de mar, a la trainera y a mí, hasta el riachuelo que desembocaba en el muelle, precisamente al lado del lugar en que ahora se levanta el edificio del Ayuntamiento de Santurce.

Para entonces, ya se habían dado cuenta los naufragos de que faltaba el “chó de a bordo”, y como yo, a Dios gracias, tenía--¡y tengo!--buenos pulmones, oyeron mis gritos y el práctico que llevábamos a bordo, Timoteo Castillo, que gloria haya, se metió en el río, me largó un chicote y me sacó al hombro, llevándome a mi casa.

Esta fué la aventura que me sucedió hace 52 años y que terminó en un río que ahora han metido en una cañería y va a salir a la mar, allá por el muelle del Puerto Franco.



El muelle de Santurce, con el edificio del Pósito de Pescadores en que se subasta el pescado. Al fondo el monte Serantes.

LLEGAMOS AL DUO

--Ahora voy a hablar yo--exclamó Gabriel Ordorica y Ordorica, número dos en la lista de personajes de esta historia... Y voy a contar lo que nos pasó a éste--éste era el número uno, Eugenio--y a mí, que fué una aventura de mar y tierra. ¿Te acuerdas?

--Ya sé lo que vas a contar. Venga, venga : habla tú, que yo ya conté lo mío.

--Pues que salimos, con otros compañeros que ya no viven...

--¡Qué viejos somos!

--No interrumpas. Salimos en la lancha "Montellano".

--Por otro nombre "Sí, sí".

--Es verdad. En una amura tenía un nombre y en la otra el otro. Salimos, pues, de Santurce, al besugo, y antes de llegar a "las playas" nos cayó un tiempo que pudo más que nuestros puños, y a fuerza de remos conseguimos, después de trabajos sin cuento de los que ahora no podemos ni hacernos una idea, llegar al socaire de Punta Sonabia...

--Más allá de Castro, al Oeste de Oriñón, y en término, si no me equivoco, de Guriezo.

--Eso es, en Guriezo, donde estaba ya otra lancha de Portugalete. La fuerte marejada varó las lanchas entre peñas y nosotros las consideramos imposibles de salvar. Y como no íbamos a estarnos allí hasta que se despedazasen, nos pareció el mejor recurso volvernos a casa, "a pie y sin dinero", adelantándonos en algunos años a los que supieron hacer de ese modo de viajar una lucrativa industria. Y eso que aún estaban sin inventar las tarjetas postales, verdaderas cartas de socorro.

--Y al llegar a Castro...

--¿Hablas tú o hablo yo? Al llegar a Castro nos encontramos con que la mar había sacado entera y sana a nuestra lancha, que otra de aquel puerto recogió al garete y la llevó a remolque hasta el muelle, no faltando quien viniera a Santurce a avisar a nuestras familias del hallazgo y a darles el pésame por creer--y era natural--que todos habíamos sido pasto de los besugos.

--Tanto es así, que no quisimos embarcarnos...

--Pa no esperar a los compañeros que habían quedado atrás. Y seguimos andando a Santurce. ¡Vaya caminata!

--Y ¡vaya hambre! Si no hubiera sido por aquel buen señor cura que se compadeció de nosotros...

--Ya se lo habrá pagado Dios. ¿Te acuerdas de nuestra llegada a casa, ya de noche, cuando todos nos creían muertos?

--¿No me he de "alcordar"? Menuda juerga la que se armó en Santurce aquella noche. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

--No lo sé, pero más de 30 años, sí.

--¡Quién pudiera volver a aquellos días, y lo pasado, pasado!

Como se ve, nuestros héroes conocen por intuición la famosa elegía de Jorge Manrique.

EL CUARTETO EN FUNCIONES

Y le llegó el turno de hablar al tercero, y no en discordia, Hipólito. Elosu Larrínaga, el cargado de hombros, el que no tiene apodo, el que, en fin, navegó en “el mercante” y pesca todavía el benjamín de los cuatro, como ya se ha dicho.

--Yo alcancé también los tiempos del remo y de la vela, pero mis recuerdos no son tan claros como los vuestros. Así que hablaré de algo un poco más moderno, pero que tiene la ventaja, que no es pequeña, de tratarse de un caso que presenciamos los cuatro que aquí estamos.

--Ya sé; ya sé--atajó “Maceo”--de la explosión del “Víctor Rita”.(2)

--Eso es: hará unos 12 años “¿verdad?”

--Sobre podo más o menos. Fué un día al rayar el alba... Yo estaba...

--Tú te callas. Me toca hablar a mí. Oiga, señor...

El cronista se hizo de todo oídos.

--Eugenio “el Maqueto” estaba embarcado en el vaporcito “Sota”, y nosotros tres en el “Víctor Rita”. Al amanecer, estábamos preparados para ir a la mar, aquí en Santurce, cuando de repente explotó la caldera de nuestro barco, con un ruido que hizo estremecerse todo el Abra. “Maceo” se tiró de cabeza al agua, y éste--éste es “Pachón”-- y yo nos quedamos a bordo, atontados. Pero el barco se hundía a toda prisa y no tuvimos más remedio que lanzarnos a la mar.

--Por cierto, que yo me tiré con “cerco” y todo. Y que no me costó trabajo, con mi cojera, zafarme de la dichosa red.

--En aquella triste ocasión, de la que aún se acuerda bien todo Santurce, encontraron la muerte tres hermanos, que formaban parte de la tripulación del barco.

--Y nosotros nos salvamos de milagro.

BODAS DE PLATA DE UNA COJERA

Líneas arriba pueden encontrarse dos alusiones a una cojera, que no puede permanecer por más tiempo en el misterio.

Se trata de la que “disfruta”, en su pierna izquierda, el número cuatro del cuarteto, el veterano de todo, Pablo Sarasúa Goristiza, alias “Pachón”, hombre de pocas palabras, en cuyo semblante se destaca la nota bien visible de horandez y austeridad. Da un poco de

respeto la noble figura de este hombre de hablar pausado y preciso, que no había abierto la boca hasta que consideró que había llegado su turno de narrar. Y empezó:

--El día 13 de diciembre de 1906, festividad de Santa Lucía, salimos a la mar, a bordo del vaporcito "Triunfo", para dedicarnos a las faenas del besugo.

--Yo también iba a bordo--interrumpe Eugenio, el número uno--.

--"Verdá" es: bien me acuerdo. Pues salimos, y como a las dos horas, nos cayó un tiempo como no ví nunca otro. El aparejo que teníamos lanzado, quedó hecho tiras y tuvimos que abandonarlo. Y para buscar nuestra salvación, pusimos proa al puerto de Bermeo.

--Agarrados los dos al guardacalor (3) vimos venir una montaña de agua...

--Y yo dije a todos: Agarraros bien, muchachos, que esa mar nos va a llevar.

--Y no nos llevó a nosotros, pero arrancó de cuajo el puente.

--Y a ti te tiró por una banda y a mi por la otra con la pierna rota.

--Y te llevamos a popa resguardándote del viento cuanto pudimos, para ver si podíamos curarte de algún modo. No querías ¿te acuerdas? "Dejarme aquí, y atender al barco, si no quereis morir todos. Yo no tengo salvación". Eso era lo que decías.

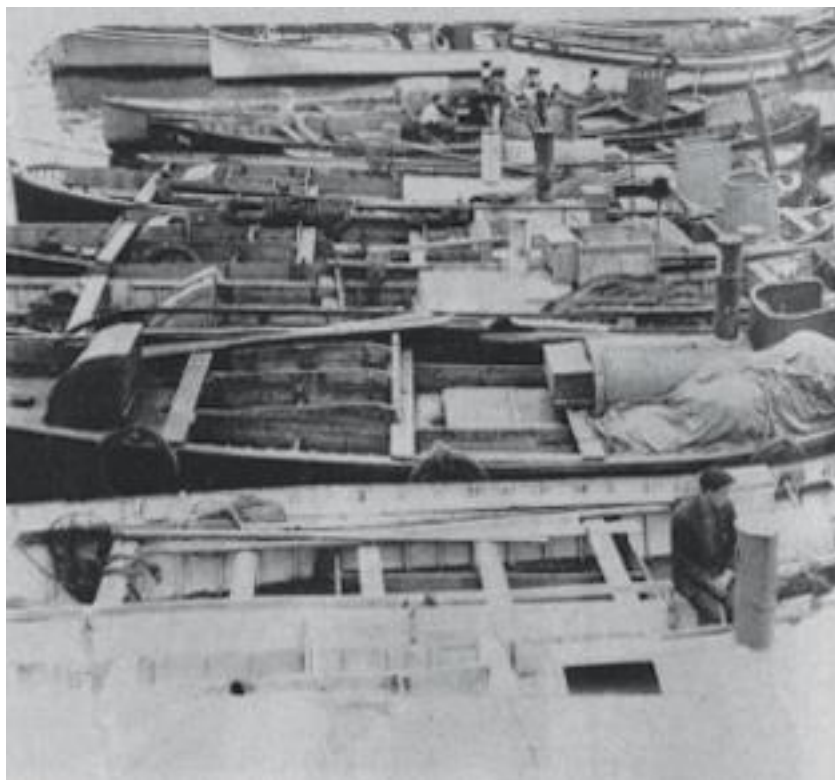
--Pues la tuve. Llegamos, como Dios quiso, a Bermeo, y me llevasteis a una clínica, donde estuve no me acuerdo cuánto tiempo, y de donde salí cojo para siempre. Y gracias.

--Pero no te quitó de seguir yendo a la mar.

--Claro que no. Me quitaron los años. Y con ellos llegué hasta a tomar cariño a mi cojera.

--¡Tanto como cariño!

--Hasta el extremo de que, si vivo el día 13 de diciembre de este año pienso celebrar como pueda las bodas de plata de mi pata coja.



Una aglomeración de embarcaciones pesqueras en la pequeña dársena santurzana

FINAL

Resultado: que los cuatro bravos que el cronista tuvo la suerte de captar para escuchar sus relatos, que hubieran prolongado cuando pudiera desearse, constituyen la historia viva de Santurce desde hace más de medio siglo.

Ellos conocieron el “puerto viejo”, a pie de la casas que hoy dan a una espléndida avenida; ellos vendieron el pescado en la antigua Venta de la Chicharra, en la que existió después en la “Campa de la Cofradía” y en el magnífico edificio actual construido en 1916 por el tesón y la voluntad de los pescadores santurzanos; ellos habitaron y habitan todavía las típicas casas de pescadores de Mamariga y la Portalada y ellos, en fin, sacaron a pasear por el mar, el 16 de julio de cada año, durante muchos, la venerable imagen de su excelsa Patrona la Virgen del Carmen, cuya devoción tiene en sus rudos pechos un altar que no hará conmovir ningún cambio en el modo de vivir.

Ellos son, en fin, dignos hermanos de aquellos bravos pescadores cántabros que inmortalizó la pluma de Pereda, aquéllos que entre el horrisono fragor de la tormenta sorteaban el inminente peligro de la barra a fuerza de remos y al grito santo de “¡Jesús y adentro!”.

Notas

1. Plan: El plan es el piso más bajo de la embarcación; situado sobre sobre las sentinas.

2: La explosión de la caldera del pesquero “Victor Rita” tuvo lugar en el puerto santurtziarra la madrugada del día 17 de junio de 1920, falleciendo, Marcos Sebastián Durañona y sus hermanos Ulpiano y sobrinos del patrón Marcos Durañona. En contra de lo que se lee en el reportaje el resto de la tripulación presente aquel día en la embarcación la formaban Ángel Gregorio García y Ramón Sarasola. Muy probablemente el autor se permitió la licencia de embarcar en el “Victor Rita” a sus cuatro personajes a fin de añadir dramatismo al relato con un triste suceso ampliamente difundido en la época.

3: Guadacalor: estructura que servía para retener el calor de las calderas.

Colección digital "Localización Santurtzi"

Descargable en formato pdf y epub. Lectura "on line" en el servicio issuu

1. TERÁN, José María de. "Regalo de boda"
2. TRUEBA, Antonio de. "La historia de Chomin de Santurce"
3. ROMERO PEINADO, Rocío. "Respirar"
4. CHACED, Aureliano G. "Sensitiva"
5. ARRIAGA, Emiliano de. "La sardinera"
6. JUVAL, Roger de. "Gente de mar"

EPUB: E.B.C.-k Sigil eta Calibreren bidez sortua / Creado y generado con Sigil y Calibre por E.B.C. Urria 2019 Septiembre



El puerto de Santurtzi en 1891, tal y como lo conocieron los cuatro bravos